

## La mesa

Clara Mengolini

El repentino casamiento de Heather en julio me obligó a buscar una nueva casa en Newberry. En menos de una semana di con un viejo y descuidado caserón de ladrillos sobre la calle Glenn. En solo dos días logré trasladar todas mis cosas y rápidamente aquellos espacios oscuros que en un principio me produjeron una impresión lúgubre y abandonada, tomaron otro color. Según antiguas creencias la vida de los anteriores habitantes puede influir sobre la vida de los nuevos propietarios: algún objeto olvidado en el fondo de un placar, un pedazo de papel escrito o manchas en las paredes. En este caso el departamento se mostraba ansioso ante la llegada de un nuevo inquilino. Me preocupé en seleccionar lindos muebles y cortinas para la sala. Más tarde me encargaría del comedor. En una semana ya tenía instalado el cable, el teléfono y la luz. Poco a poco fui acomodando cada rincón del que sería mi nuevo hábitat por lo menos por un año. Respiraba serenidad, tanta que a veces hasta me daba miedo.

Después de una larga continuación de semanas idénticas, recibí un llamado inesperado: mi hermana mayor vendría a visitarme el próximo fin de semana. La noticia me alegró mucho. Su llegada junto a la de mi sobrinita querida significaría una interrupción distinta, casi surrealista en aquel pueblito perdido en Carolina del sur.

Las busqué en el aeropuerto de Charlotte. El sábado fuimos al lago de los Johnson y el domingo me propuso ir en busca de ferias americanas. Recorrimos todas las calles de Newberry sin éxito y justo cuando estábamos por dar media vuelta y emprender el regreso, divisamos en un jardín una fantástica mesa con tres preciosas sillas. Estacionamos el auto y fuimos derecho a sentarnos, como si una extraña fuerza nos hubiese atraído hacia aquel mueble abandonado. Era el tamaño justo, de madera sólida y barnizada. Sus patas cuidadosamente talladas la sujetaban con seguridad. Las sillas parecían robadas de algún cuento encantado. Nos sentamos esperando que la dueña nos dijera el precio que ofrecía por tan maravillosa pieza.

Una tremenda mujer, casi tan grande como la mesa, salió de la casa y nos dijo que la vendía por setenta dólares. Le ofrecimos sesenta, aceptó y en menos de media hora ya la teníamos en el comedor. El cambio que produjo en aquel reducido espacio fue increíble. Era exactamente la mesa que había soñado. Desde ese momento el comedor había comenzado a ser para mí el mejor espacio de la casa. La alfombra junto con las cortinas hacía un perfecto contraste con el color fuerte de la madera. No podía creer tanta suerte. Grité y aplaudí de emoción y luego espontáneamente abracé a mi hermana y le dije: “gracias.” La mesa le dio

mayor calidad a mi departamento, ahora sería un placer desayunar y almorzar en esa casa.

Esa tarde decidimos ir a caminar, sin embargo yo estaba ansiosa por volver. Me costaba convencerme que esa mesa era mía. Como cuando uno es niño y para Navidad te renuevan todos los juguetes, a la mañana siguiente lo primero que haces es volver a verlos, sólo para reafirmar que siguen ahí, que efectivamente son tuyos. Seguía en el mismo lugar, pero algo extrañísimo había ocurrido: estaba completamente cubierta de bichos, bichos de todos los tamaños y especies. Un manjar de terrario para algún biólogo, un espantoso cuadro para nosotras. La fotografía me causó tanta repulsión que la ignoré y fui a la cocina. Mi hermana en cambio juntó valor y con un insecticida, en pocos segundos acabó con todos los insectos. Decidimos dejar los cadáveres en la alfombra, así el lunes podría mostrarle al dueño de la casa qué clase de bicho había invadido el comedor. Notamos que uno pequeñísimo de color marrón oscuro se repetía más que el resto. La primera idea que se me ocurrió fue pensar en termitas.

A la mañana siguiente cuando nos levantamos vimos que aún quedaban algunos bichitos vivos caminando sobre la mesa. Dejé a mi hermana en el aeropuerto y antes de despedirse me dijo: “llama al fumigador.” Lo primero que hice fue llamar a la señora Barber. Fue su marido el que apareció con una supuesta mezcla mortífera y roció toda la mesa y las sillas. Antes de irse me dijo: “es una mesa muy linda.”

Lo que ocurrió a partir de ese día me es imposible relatarlo con precisión, pues mi apacible y monótona vida en Newberry se transformó en una tenebrosa y repulsiva pesadilla. Las termitas se multiplicaron no por diez sino por mil. Fumigué mi endemoniado tesoro unas veinte veces y también el resto de la casa. En Lowe’s llevé una muestra del siniestro bichito y allí me afirmaron que no eran termitas, sino cucarachas. ¡Cucarachas! ¡Tenía el departamento tomado por cucarachas! La imagen me causó escalofríos y compré el veneno más fuerte del lugar. Según las indicaciones eliminaba más de cuarenta tipos de insectos. Un amable vecino ofreció ayudarme. Colocamos la mesa afuera y mientras la rociaba, lo oí murmurar más de una vez: “es una linda mesa.”

Sí, era una linda mesa, de eso no había duda alguna. Pero la alegría inicial que mi nuevo habitante me había traído estaba rápidamente empañándose por un mar de cucarachitas infernales. Llevamos la mesa adentro y al poco rato volví a ver los insectos por todos lados. En la alfombra, en las paredes, en los marcos de las puertas, debajo de la heladera, hasta al baño habían llegado esos minúsculos seres nefastos. Mis sentidos se agudizaron y tuve la habilidad de detectarlos o escucharlos a metros de distancia. Podía estar tranquilamente chequeando mi correo o mirando televisión, cuando de pronto sentía que alguno estaba caminando con dificultad por la alfombra o trepando las patas de la mesa. Antes de irme a dormir, al cruzar de una habitación a otra, con el tonel de veneno en la

mano, sentía que estaban escondiéndose entre las rendijas de las puertas, reproduciéndose y riéndose de mí impúnemente. Malditas cucarachas. Comencé a tener una seguidilla de estornudos, los ojos se me pusieron aguosos y la piel me picaba todo el día. En un principio pensé que eran síntomas causados por el uso de insecticidas, pero pronto descubrí que no era esa la causa, sino el estar conviviendo con esta desgraciada plaga bíblica. Esa noche encontraron mi dormitorio y avanzaron lentamente por la colcha, acercándose con un aterrador silencio hasta mi almohada. De pronto di un grito y me desperté. Tuve muchísimo miedo de salir y encontrarme en la cocina con quienes me habían acompañado toda la noche.

Mi hermana estaba muy preocupada, casi tanto como yo. Se sentía culpable. Ella había tenido la iniciativa de comprar aquella mesa. ¿Pero cómo imaginar que tan fantástico objeto podía traer consigo diminutos y negros secretos? ¿Qué hacer con este inexplicable fenómeno que había interrumpido nuestras vidas? Las cucarachas tarde o temprano morirían, pero ¿y la mesa? ¿Qué hacer con ella? ¿Acaso los bichos no estaba saliendo de sus entrañas? Desde el día que descubrí que era la mesa la culpable de todos los problemas, me resistí aún más a librarme de ella y la dejé en su lugar. Por supuesto que nunca me senté a comer. Sin embargo por las noches, desde el sofá la miraba con respeto, odio y amor. Quería darle una oportunidad. Tal vez era una prueba que debía superar, un sapito repugnante que pronto se convertiría en rey.

Esa noche dejé la mesa en el jardín y tuve un sueño muy extraño: soñé que decidía ponerla a la venta y que todos mis vecinos se peleaban por comprarla y la feria se transformaba en un remate. Me desperté confundida y fui a verla. Allí seguía la muy desgraciada. Suspiré y la arrastré hasta la calle, como si se tratase de un hijito castigado, sólo me faltaba amenazarla: “Y ahora por mala, te va a llevar el hombre de la bolsa.” Pero no fue el hombre de la bolsa, sino otro par de hermanas algo más rollizas que nosotras las que se vieron inmediatamente cautivadas por el magnetismo de mi mesa y sus tres sillas. Pararon de golpe y me preguntaron si se la podían llevar. Les expliqué que así como la veían, estaba endemoniada. No les importó, me agradecieron muchísimo mi generosidad y en menos de un minuto la vi partir de patitas para arriba en una destartalada camioneta roja. Vaya saber uno adónde fue a parar. Entré a mi casa con un triste alivio y miré el comedor nuevamente vacío. Esa noche dormí en paz. Los días transcurrieron en dulce armonía, ya todo parecía haber quedado atrás. No habían sido más que un par de malas semanas.

Ayer cuando llegué de Columbia vi mi escritorio y el espejo del baño cubierto de bichos. Ya no sé si son alucinaciones confusas y flotantes o si la presencia de esa mesa dejó mi casa embrujada por estas *cucarachas alemanas*. Según expertos y científicos es la especie más difícil de eliminar: sus cuerpos extrañamente anchos y planos les permiten moverse dentro y fuera de grietas,

cocinas y muebles de madera. Ocultas durante el día, se preparan para salir a merodear por las noches, pues no hay nada que las detenga.

FIN